

La religión en Voltaire

Isaías DÍEZ DEL RÍO
Colegio “Valdeluz”
Madrid

Resumen: Generalmente se ignora que Voltaire, al final de su existencia, volvió al seno de la Iglesia, a la que en vida tanto había combatido. Frente a quienes lo niegan, se alza el testamento del propio protagonista. Además, si nunca combatió a la religión de un Dios creador, en quien siempre creyó, sino a las circunstanciales manifestaciones de la religión institucionalizada de su época, nada de extraño tiene que, al final de su vida, volviera a reencontrarse con la religión que de niño y joven practicó. Porque, aunque racionalmente Voltaire siempre fue anticatólico, nunca lo fue sentimentalmente, pues en su mente y corazón siempre conservó las categorías de esta religión.

Abstract: It's a general belief that Voltaire, at the end of his existence, came back to the church he so harshly had fought before. Opposite to those who deny it, his own testamentary confession stands up clear. Moreover, he never denied the existence of one God creator, whom he truly believed in. He rather fought against the occasional and circumstantial manifestations of the rationalized religion of his time. Therefore, his return to the religion he had practiced in his childhood and youth, should not be a reasonable surprise. Voltaire was always reasonably anti-catholic; but never was he that way in his innermost feelings, for he kept on the religious categories in his mind and heart.

Palabras claves: Religión, anticatólico, conversión, testamento, masón, ateo, deísta, tolerancia, libertad, humanismo, ironía, sarcasmo.

Keywords: Religion, anticatholic, conversion, testament, freemason, atheist, deist, tolerance, liberty, humanism, irony, sarcasm.

Sumario:

- I. **Introducción.**
- II. **Entorno familiar y primera educación.**

III. Ruptura y lucha contra la religión establecida.

IV. Retorno a la religión denostada: el testamento.

Recibido: septiembre de 2010.

Aceptado: noviembre de 2010.

I. INTRODUCCIÓN

Pocos dudan de que *François Marie Arouet*, generalmente más conocido por el seudónimo de *Voltaire*, sea el personaje más representativo y relevante de la Ilustración francesa. Nacido en Chatenay el 2 de febrero de 1694, falleció en París el 30 de mayo de 1778. Fue la encarnación radical del pensamiento rebelde de su época frente a toda la cultura heredada, definida sustancialmente por la cultura religiosa/eclesiástica.

Su actitud hostil a la religión tradicional, en la que fue educado, fue tan constante, notoria y significativa, que, desde entonces, el adjetivo *volteriano/na*, en castellano “*dícese del que, a la manera de Voltaire, afecta o manifiesta incredulidad o impiedad cínica y burlona*”; y, también, todo lo “*que denota o implica este género de incredulidad o impiedad*”.

A pesar de que nadie ignora su faceta cínica y antirreligiosa, pocos saben, sin embargo, de su conversión o retorno al catolicismo en el último momento de su vida. Pocos lo saben, porque poco o nada se ha escrito/publicado, y poco o nada se sigue escribiendo/publicando -¡vaya usted a saber el porqué!-, para dar a conocer este, de ser cierto, importante suceso biográfico. Para cooperar a su conocimiento, precisamente, van destinadas estas líneas, cuyo mayor mérito es la publicación del testamento o última voluntad de Voltaire en relación con la religión, a la que tanto en su vida fustigó. Este testamento fue hallado y publicado en el diario “YA”, el 2 de junio de 1989, por el Catedrático de Filosofía Carlos Valverde. A pesar, no obstante, de haberse dado a conocer en aquella fecha, ya un tanto lejana, el acontecimiento sigue siendo prácticamente desconocido para la generalidad de la gente.

El evento de la conversión, que aquí comentamos, a simple vista carecería de causa o soporte humanamente explicativo, si su biografía no contase con algunos datos y realidades de índole religiosa muy significativos y relevantes. Siendo las realidades que constituyen el entorno o circunstancia de cada persona, las que influyen poderosamente en la configuración personal del individuo, esos datos de su más inmediato entorno, a los que aquí nos referimos, podrán darnos la clave ideológica, para poder explicar el, para no pocos, extraño suceso. Porque,

el significado más auténtico de ese último acto de rectificación existencial, tal vez no fue otro que el propósito consciente de dotar a su vida entera de un sentido que un día tuvo y que, luego, perdió.

II. ENTORNO FAMILIAR Y PRIMERA EDUCACIÓN

Voltaire, para empezar, recibió en su juventud una esmerada educación en el colegio jesuita Louis-le-Grand de París, de la que salió muy agradecido a la formación cultural que allí le ofrecieron. De su formación religiosa, sin embargo, guardará siempre un penoso y perseverante recuerdo, que lo dejará plasmado en una actitud irreverente, rebelde y burlona, frente la Iglesia, sus instituciones y dogmas.

Otro dato importante, por lo que toca a nuestro tema, es la religiosidad de su entorno familiar. Si, como decía Ortega, “*yo soy yo y mis circunstancias*”, la circunstancia o entorno religioso más inmediato de nuestro protagonista estaba constituido por un padre jansenista, es decir, católico rigorista, y un hermano, Armand, católico fundamentalista. La rebelión contra el rigorismo religioso en el que de niño fue educado, es una de las causas, precisamente, que suelen aducirse, para explicar la posterior ruptura y hostilidad contra la religión establecida.

Un caso parecido, entre el de otros no pocos célebres personajes, lo tenemos en *James Joyce (James Augustine Aloysius Joyce, 1882-1941)*. También Joyce, a pesar de haber sido educado con los jesuitas, hasta estar a punto de ingresar al noviciado, luego se convirtió en un fervoroso apóstata de la fe cristiana, caracterizándose también por violentos ataques contra el catolicismo. Sin embargo, en relación con su alejamiento de la religión, Harry Levin, con conocimiento de causa, dice de Joyce que “*perdió su religión, pero conservó sus categorías*” (*James Joyce: A Critical Introduction, 1941*). Esta afirmación de Levin sobre Joyce, tal vez nos dé la clave también de la no desvinculación total de Voltaire de la religión en la que fue educado, y, como resultado, la decisión final de su vida con respecto a ella, de la que aquí vamos a hablar.

Uno y otro caso, entre el de otros muchos célebres personajes, nos hablan de la importancia que, para la correcta recepción del mensaje cristiano, tiene el hecho de ser ofrecido/proclamado en su pureza evangélica, y siempre, en cada circunstancia, de la forma más adecuada a la idiosincrasia de sus destinatarios. Pero, no es el tema de la correcta evangelización el asunto que aquí atrae nuestra atención, aunque éste sea, posiblemente, la causa desencadenante de toda la situación, sino el dar a conocer el final religioso de la vida

de Voltaire. Porque, se da la circunstancia de que, así como sus pensamientos hostiles a la religión son continua y profusamente citados por quienes en sus escritos tocan -a veces con malévolos intenciones-, el tema de la religión, muy pocos son los escritores -si alguno hay- que hablan de su rectificación final.

La vuelta de Voltaire, al final de su vida, a la casa paterna de la Iglesia, como lo manifiesta la confesión del testamento, que suscribió en el último momento de su vida, entre otros factores de distinta índole a que el hecho podría atribuirse, a nivel de ideología tal vez esté explicada, como hemos dicho, por lo que H. Levin dice de Joyce, es decir, porque, a pesar de perder la fe de la religión católica -en el supuesto de que la perdiera totalmente-, siguió, no obstante, “conservando sus categorías”.

Entre las categorías religiosas que Voltaire siguió conservando, una fue la condición de la religión católica respecto de las demás religiones. No son pocos los textos y contextos en los que lo deja traslucir. En el “*Diccionario filosófico*”, por ejemplo, dice de la religión católica: “*la nôtre est sans doute la seule bonne, la seule vraie; mais nous avons fait tant de mal par son moyen que, quand nous parlons des autres, nous devons être modestes*”: “*nuestra religión es, sin duda, la única buena, la única verdadera; pero por medio de ella hemos causado tanto daño, que cuando hablamos de las otras, debemos ser muy indulgentes*”. Es decir, que, a pesar de todo, a pesar de todas las maldades del cristianismo/catolicismo, sigue reconociendo o dando por supuesto que la religión católica es “la única verdadera”. (Voltaire, *Dictionnaire philosophique*, Editions Garnier Frères, 1967, p. 368).

Y no es ese el único lugar donde se refiere a esta religión en parecidos términos, es decir, con la misma calificación. En otro texto de este mismo diccionario, en efecto, se dice: “*Après notre sainte religion, qui sans doute est la seule bonne, quelle serait la moins mauvaise: después de nuestra santa religión, que es probablemente la única buena, ¿cuál sería la menos mala?*” (Id., *ibid*, p. 366). Claro que, quienes no están dispuestos a admitir la conversión final de nuestro personaje, dicen que lo que aquí afirma Voltaire, lo dice con ironía, esa “*burla fina y disimulada, que consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice*” (Dic. RAE). Pero, quienes esto sostienen, tendrán que reconocer que su afirmación/interpretación no deja de ser una conjetura o mera suposición.

Es cierto que no se sabe a punto cierto cuál era la intención de esa y otras afirmaciones de Voltaire, dado el sarcasmo con que siempre abordaba los asuntos, sobre todo los referentes a temas religiosos. Tampoco hay que olvidar que, como dice Dan Graves, “*su vida entera fue una paradoja. Despreciaba la humanidad y, sin embargo se interesaba con pasión por los hombres. Ridiculizó*

el clero y dedicó uno de sus libros al Papa. Se burlaba de la realeza, y él aceptó la pensión del rey Federico el Grande. Odiaba la intolerancia, y fue intolerante en su actitud hacia los judíos. Se burló de la vanidad de las riquezas y adquirió una gran fortuna (por medios que no siempre eran honestos). No creía en Dios, y se pasó toda la vida buscándolo...” (*Scientists of Faith*, Grand Rapids, MI (1996), p. 86). Pero, de cualquier forma, lo que sí es cierto es que “*quod scripsi, scripsi*”, lo escrito y expresado, mientras no se demuestre lo contrario, es lo escrito y expresado. Y dice, lo que dice. ¿Acaso una de las definiciones más aceptadas de verdad no es aquella de “*adaequatio rei et intellectus: la concordancia entre el lenguaje y su referente extralingüístico*” (St.Tomas, *Suma Teológica*, I, 16, 1).

Que mantuvo siempre una mentalidad o, mejor, una sensibilidad católica, lo demuestran sus mismos pronunciamientos y comportamientos contradictorios con la religión. Por ejemplo, a pesar de ser un rabioso anticlerical, siempre habló bien de sus maestros jesuitas, que le inculcaron el amor a las letras. De hecho, dio refugio en su casa durante trece años al P. Adam, cuando éste fue expulsado de Francia. Su fobia contra los religiosos, a los que en algún lugar califica de sátiros, inmorales, avaros y antiéticos, se contradice con la valoración general que hace de esta institución eclesial, cuando afirma que “*los conventos han sido asilos abiertos a todos los que querían huir de las opresiones de los Gobiernos godo y vándalo; fueron consuelo para el género humano, conservando los pocos conocimientos que quedaron después de la decadencia de Roma*”. En otro conocido texto dirá sobre la vida religiosa que “*no había mayor sacrificio en la tierra que el que hace una joven religiosa al consagrarse al servicio de los pobres y los enfermos..., no hay caridad tan generosa como ésta*”.

A mayor abundamiento de lo que decimos, sus biógrafos refieren que erigió una iglesia junto a su castillo, en la que puso la inscripción: “*Deo erexit Voltaire 1761*”, a la que iba a misa los domingos acompañado de varios guardaespaldas. ¿No nos cuentan sus biógrafos que, mientras los creyentes le tildaban de infiel y descreído, los Enciclopedistas le acusaban de ser cristiano?

Estas contradicciones -habituales, por otra parte, en Voltaire-, nos llevan a pensar que, aunque Voltaire durante toda su vida fue ideológicamente/ racionalmente anticatólico, sentimentalmente nunca se apagó del todo en su corazón la llama de esta religión. En un estudio sobre Voltaire y la religión, la autora, tras aducir los tres tipos en los que Jung clasifica a los seres religiosos, coloca a Voltaire en el grupo tercero, es decir, en el grupo de los que “*ya no creen en las tradiciones religiosas, mientras que en alguna otra, menos racional, siguen creyendo*”. Esta autora llega a afirmar de nuestro protagonista que “*su cabeza era irreligiosa, mientras sus sentimientos y emociones parecían seguir*”.

siendo ortodoxos” (A. Díaz Cereceda). Y, si pensamos que la religión cae dentro del ámbito de los sentimientos/del corazón, nos explicaríamos como lógica o, al menos, no nos extrañaría su retractación final. Esa decisión respondería a las razones a las que aludía Pascal (1623-1662) con aquello de que: *“el corazón tiene sus razones, que la razón desconoce”* (*Pensamientos*, 4, y 282).

Dejando aparte la intervención de Dios en estos acontecimientos, entre las diversas clases de conversión que suelen describirnos los especialistas en psicología religiosa: conversión intelectual, mística, experimental, afectiva, coercitiva,..., la de Voltaire, por lo que venimos diciendo, habría sido una conversión intelectual-afectiva, es decir, una conversión racional motivada por la necesidad emocional de reencontrar o reconstruir el sentido de su vida.

Lo que, desde luego, no puede afirmarse de Voltaire es que fue *ateo*. La existencia de Dios, con independencia de la religión que lo invoque y predique, es para Voltaire una verdad racional evidente. Así de claro lo manifiesta: *“It is perfectly evident to my mind that there exists a necessary, eternal, supreme, and intelligent being. This is no matter of faith, but of reason: Es perfectamente evidente para mi mente que existe un ser necesario, eterno, supremo, e inteligente. No es un asunto de fe, sino de la razón”* (*Pilos. Dic., chap. 196, faith*).

La creencia sin fisuras en un Dios creador le llevó a afirmar del ateísmo: *“creo que el ateísmo es tan pernicioso como la superstición”*. Entre otros textos donde descalifica al ateísmo, puede aducirse aquel otro que dice: *“Siempre he considerado el ateísmo como el mayor de los extravíos de la razón, pues decir que la armonía del mundo no prueba la existencia de un supremo artífice es tan ridículo como necio sería decir que un reloj no prueba la existencia de un relojero”*. Su anticlericalismo no debe llevarnos, por eso, a suponer que Voltaire defendió una postura atea. De hecho, es famosa su afirmación de que *“Si Dieu n’existait pas, il l’faudrait invente: “si Dios no existiera, sería necesario inventarlo, (Épître à l’auteur du Livre des Trois Imposteurs, Carta al autor del libro “Tres impostores”, Obras completas, París, Garnier, 1877-1885, t. 10, pp.402-405). Célebre frase que volvió a citar en carta al príncipe Federico Guillermo de Prusia (1770), acompañándola con la siguiente argumentación: “Si Dios no existiera, habría que inventarlo. Pero toda la naturaleza clama que existe: que existe una inteligencia suprema, un poder inmenso, un orden admirable, y todo lo que nos enseña nuestra propia dependencia de él”*.

Lo mínimo que puede concedérsele en el ámbito religioso, es que fue *“deísta”*, el *“titán del deísmo”*, como alguien le ha calificado. Nos cuentan sus biógrafos que estando en cierta ocasión contemplando el cielo estrellado

desde la terraza de su castillo de Ferney, exclamó: *“Hay que ser ciego para no quedar boquiabierto contemplando la Naturaleza; hay que ser estúpido para no reconocer a su autor y hay que ser loco para no adorarlo”*. La presencia del Creador en sus criaturas era tan evidente para Voltaire, que no faltan autores que califican de *panteísta* esta su visión de la realidad trascendente en la naturaleza.

La afirmación del Dios Creador, es reiterativa en sus escritos. A pesar de su pesimismo cognoscitivo, salva siempre el conocimiento de la existencia de un ser necesario y eterno. En el *“El filósofo ignorante”* argumenta: *“Me siento inclinado a creer que el mundo es siempre emanado de esta causa primitiva y necesaria, como la luz emana del sol. ¿Por qué concatenamiento de ideas me veo siempre llevado a creer eternas las obras del Ser Eterno? Por muy pusilánime que sea mi concepción, tiene la fuerza de alcanzar al ser necesario que existe por sí mismo”*. Por eso, todos sus dardos irreligiosos no iban nunca dirigidos contra Dios, sino contra el Dios de la religión convencional. Es decir, su crítica no iba dirigida contra la religión en sí, sino contra la religión de su tiempo y de su concreta circunstancia.

III. RUPTURA Y LUCHA CONTRA LA RELIGIÓN ESTABLECIDA

La religión, cualquier religión, no lo olvidemos, es la respuesta del hombre a Dios. Como respuesta, es obra o creación humana. Sus manifestaciones, por tanto, participan de los defectos inherentes a los productos humanos. Contra estos defectos -que en la Iglesia de aquella época no eran pocos ni pequeños- era contra los que se ensañaba Voltaire. Era contra la Iglesia institucionalizada/organizada de su época, no la religión en cuanto tal. Muchas de sus críticas son, de hecho, meras denuncias de las lacras de aquella Iglesia, que se caracterizaba por el uso teocrático que hacían sus representantes del poder.

Fanático de la libertad de pensamiento, la tolerancia religiosa y la justicia social, se alzó contra todos los sistemas de pensamiento y los poderes constituidos, que socavaban e impedían la emergencia y el ejercicio de esos derechos. El poder/institución en el que creía ver encarnados los mayores obstáculos para la implantación y florecimiento de los nuevos valores, que él propugnaba, era la prepotente Iglesia de aquel entonces y en aquella sociedad. De ahí que esta institución, a la que siempre vio como símbolo y fuente de fanatismo, despotismo e intolerancia, se convirtiera en blanco principal de sus furibundos ataques.

La obsesión de Voltaire fue siempre la libertad y la tolerancia. Por eso, se dedicó durante toda su vida a combatir el fanatismo y la violencia imperantes en

su tiempo. Y los poderes que ejercitaban tanto el fanatismo como la violencia en su tiempo eran todas las instituciones que constituían y conformaban el orden establecido. No sólo era el estamento clerical y las personas relacionadas con la Iglesia, sino también los monarcas y la nobleza establecida. Iglesia y Monarquía eran los poderes omnipotentes que en aquella época mantenían el control total de la sociedad en todos los ámbitos de la realidad. Iglesia y Monarquía eran, por tanto, las instituciones a las que había que abatir. Así era en teoría, pero, no en la práctica. Porque, llevado por egoístas intereses personales, se atrevió a combatir mucho más el poder de la Iglesia, que el poder civil. Es más, durante toda su vida procuró arrimarse y cortejar incluso más a los príncipes y monarcas que al pueblo. Al parecer, galantear a la Iglesia, en su caso no era rentable; sí lo era, en cambio, y mucho, el cortejo a los príncipes y monarcas. Las armas más utilizadas por Voltaire en este combate ideológico fueron la ironía y el sarcasmo. El sarcasmo, ya se sabe, es la misma ironía, pero en su forma más mordaz, sangrienta y cruel.

La fuente de la que emanó su actitud vital y, por consiguiente, el origen y sostén de su pensamiento rebelde frente al orden heredado, nos la testimonia Voltaire en aquella confesión de “Cándido”: “*il faut cultiver notre jardin: hay que cultivar nuestro jardín*”. En efecto, todo su pensamiento, arropado en forma de sarcasmo, giró en torno a la “humanización” del hombre. De ahí sus ataques a todos los sistemas de pensamiento, religiosos, políticos y sociales que, de una u otra forma, impidieran al hombre poder llegar a la plenitud de ser sí mismo.

Lo que a Voltaire realmente le interesaba era la dignidad de la condición humana, el respeto debido a cada hombre. Para lograr ese objetivo, se requería el reconocimiento y la aceptación de la plena libertad individual, de la igualdad de derechos de todos los hombres y, como consecuencia, de la fraternidad existente entre ellos; y, todo, por el mero hecho de ser hombres. La paradoja fue que, mientras exigía la libertad y la tolerancia a todos, en todo, y para todos, él se las negó a la Iglesia y a los judíos, mereciéndose por tal actitud el calificativo de hipócrita, con el que le han obsequiado no pocos de sus biógrafos.

En la novela “*Cándido*”, una de las obras más reveladoras de su pensamiento, Voltaire expresa claramente su postura religiosa en consonancia, precisamente, con ese humanismo que propugnaba. Su propuesta a favor del hombre la veía impedida/ bloqueada principalmente por la intolerancia de la religión de su tiempo. Por eso, el estudio que en esta obra hace de la evolución del hombre, a la par que le lleva a denunciar a la religión y el poder del clero, al mismo tiempo no deja de expresar una clara afirmación de su creencia en Dios. Un Dios -y esta es, quizás, la singularidad-, que está presente en la naturaleza como entidad creadora y ordenante, pero no en la historia como ser

actuante en el desenvolvimiento del ser humano. El deísmo es precisamente la creencia en un *Dios fuera/lejos* de nosotros, al contrario del *Dios con/cerca de* nosotros del cristianismo

Posiblemente excluyó a Dios de la historia humana, porque el Dios que de niño le enseñaron y que seguía predicando la Iglesia de su tiempo, era, en primer lugar, un Dios excluyente, pues sólo era Dios de los cristianos; no era un Dios universal, de toda la humanidad, como Voltaire lo pensaba. Ese Dios, por otra parte, no se avenía y armonizaba con la dignidad del hombre con la que él soñaba. Por eso, frente a esa religión revelada que, a su juicio, tal como se manifestaba en la actuación de la Iglesia de tu tiempo, era una institución alicorta y antihumana, Voltaire quería “*una religión natural sin dogmas, ni sacerdotes, nada coercitiva y con grandes valores humanos*” (A. Díaz Cereceda). Una religión, en suma, cosmopolita - que incluyera a todos los seres humanos -, y profundamente humana.

Acorde con lo que venimos aquí sosteniendo, un autor de nuestros días afronta el tema afirmando que “*la crítica volteriana a los inquisidores cristianos no involucra un rechazo a la religión, sino que está dirigida contra las acciones persecutorias, intolerantes, fanáticas que han ejecutado ciertos creyentes. Sus argumentos, si bien referidos al ámbito religioso, serían enteramente aplicables contra las prácticas de intolerancia política*” (C. E. Miranda). Según este autor, el objetivo principal de sus ataques a los fanáticos e intolerantes “*no era atacar a la Iglesia ni menos aún a la religión, sino más bien atacar los crímenes que en nombre de la religión se han cometido. El se declaraba respetuoso de la religión, cuyas verdades no pretendía comprender, porque ellas sobrepasaban su capacidad de entendimiento y la de todos los hombres*”.

Precisamente por eso, porque Voltaire reconocía y confesaba la incapacidad propia y ajena para comprender las verdades de la metafísica y de la teología, condena a los fanáticos que, sintiéndose en posesión de estas verdades, y apoyados y movidos por ellas -convirtiéndose, en este caso, su creencia en ideología-, recurrían a la fuerza del castigo, la tortura, la cárcel o la hoguera, para imponérselas a los demás. No es extraño que entre los promotores y actores de estas actitudes y acciones estuvieran los representantes de la Iglesia, que se creían en posesión de los dogmas religiosos y en la obligación de defenderlos a cualquier precio.

Aunque Voltaire no fuera ateo, ni luchara directamente contra la religión en cuanto tal, hay que reconocer que, como dice un autor, “*dejó abierto un amplio cauce por el que discurrirán los filósofos de la Ilustración, los cuales*

convertirán su escepticismo en negación, su agnosticismo en incredulidad, su deísmo en ateísmo, sus restos de vago espiritualismo en grosero materialismo, su liberalismo en revolución y su relativa tolerancia en persecución sangrienta” (G. Fraile, *Historia de la Filosofía*, vol III, Madrid 1966, p. 888).

Carlos Valverde, a quien debemos el conocimiento de ese testamento, al ofrecérselo en la publicación antes citada, lo introduce con las siguientes pinceladas sobre Voltaire:

“Todos sabemos quién fue Voltaire: el peor enemigo que tuvo el cristianismo en aquel siglo XVIII, en el que tantos tuvo y tan crueles. Con los años crecía su odio al cristianismo y a la Iglesia. Era en él una obsesión. Cada noche creía haber aplastado a la "infame" y cada mañana sentía la necesidad de volver a empezar: el Evangelio sólo había traído desgracias a la Tierra. Manejó como nadie la ironía y el sarcasmo en sus innumerables escritos, llegando hasta lo innoble y degradante. Diderot le llamaba el anticristo. Fue el maestro de generaciones enteras incapaces de comprender aquellos valores superiores del cristianismo, cuya desaparición envilece y empobrece a la humanidad”.

IV. RETORNO A LA RELIGIÓN DENOSTADA: EL TESTAMENTO

Pues bien, nos refiere Carlos Valverde que, investigando personalmente en documentos antiguos, en el número de abril de 1778 de la revista francesa *"Correspondance Littéraire, Philosophique et Critique (1753-1793)"*, (págs. 87-88) encontró la copia de la profesión de fe de M. Voltaire en el trance de su muerte, profesión de fe que nos ofrece, a la vez que nos lo contextualiza y explica. Tanto el testamento, como la contextualización, literalmente dicen así:

“Yo, el que suscribe, declaro que habiendo padecido un vómito de sangre hace cuatro días, a la edad de ochenta y cuatro años y no habiendo podido ir a la iglesia, el párroco de San Sulpicio ha querido añadir a sus buenas obras la de enviarme a M. Gautier, sacerdote. Yo me he confesado con él y, si Dios dispone de mí, muero en la santa religión católica en la que he nacido esperando de la misericordia divina que se dignará perdonar todas mis faltas, y que si he escandalizado a la Iglesia, pido perdón a Dios y a ella”.

Firmado: Voltaire, el 2 de marzo de 1778 en la casa del marqués de Villete, en presencia del señor abate Mignot, mi sobrino y del señor marqués de Villevielle. Mi amigo”.

Firman también: el abate Mignot, Villevielle. Se añade:

“declaramos la presente copia conforme al original, que ha quedado en las manos del señor abate Gauthier y que ambos hemos firmado, como firmamos el presente certificado. En Paris, a 27 de mayo de 1778. El abate Mignot, Villevielle”.

Que la relación puede estimarse como auténtica lo demuestran otros dos documentos que se encuentran en el número de junio de la misma revista -nada clerical, por cierto-, pues estaba editada por Grimm, Diderot y otros enciclopedistas.

Voltaire murió el 30 de mayo de 1778. La revista le ensalza como “el más grande, el más ilustre, quizá, ¡ay!, el único monumento de esta época gloriosa en la que todos los talentos, todas las artes del espíritu humano parecían haberse elevado al más alto grado de perfección”.

La familia quiso que sus restos reposaran en la abadía de Scellieres. El 2 de junio, el obispo de Troyes, en una breve nota, prohíbe severamente al prior de la abadía que entierre en sagrado el cuerpo de Voltaire. El 3 responde el prior al obispo que su aviso llega tarde, porque -efectivamente- ha sido enterrado en la misma abadía.

La carta del prior es larga y muy interesante por los datos que aporta. He aquí los que más nos interesan ahora: La familia pide que se le entierre en la cripta de la abadía hasta que pueda ser trasladado al castillo de Ferney. El abate Mignot presenta al prior el consentimiento firmado por el párroco de San Suplicio y una copia -firmada también por el párroco-

“de la profesión de fe católica, apostólica y romana que M. Voltaire ha hecho en las manos de su sacerdote, aprobado en presencia de dos testigos, de los cuales uno es M. Mignot, nuestro abate, sobrino del penitente, y el otro, el señor marqués de Villevielle (...) Según estos documentos, que me parecieron y aún me parecen auténticos continúa el prior-, hubiese creído faltar a mi deber de pastor si le hubiese rehusado los recursos espirituales (...) Ni se me pasó por el pensamiento que el párroco de San Suplicio hubiese podido negar la sepultura a un hombre cuya profesión de fe él había legalizado. Pienso que no se puede rehusar la sepultura a cualquier hombre que muera en el seno de la Iglesia (...) Después de mediodía, el abate Mignot ha hecho en la iglesia la presentación solemne del cuerpo de su tío. Hemos cantado las vísperas de difuntos; el cuerpo permaneció toda la noche rodeado de cirios. Por

la mañana, todos los eclesiásticos de los alrededores (...) han dicho una misa en presencia del cuerpo y yo he celebrado una misa solemne a las once, antes de la inhumación (...) La familia de M. Voltaire partió esta mañana contenta de los honores rendidos a su memoria y de las oraciones que hemos elevado a Dios por el descanso de su alma. He aquí los hechos, monseñor, en la más exacta verdad”.

Así parece que pasó de este mundo al otro aquel hombre que empleó su temible y fecundo ingenio en combatir ferozmente a la Iglesia”.

Hasta aquí el testamento de Voltaire, que nos depara Carlos Valverde, así como el propio texto del autor que lo contextualiza y aclara.

A pesar de esta constatación documental de la vuelta de Voltaire a la fe en los últimos momentos de su vida, no faltan quienes lo niegan. Su negación, sin embargo, no se apoya en documentos directos, como el aducido aquí por C. Valverde, sino, más bien, en referencias ajenas y, quizás y sobre todo, en sus deseos. Y es comprensible. No deja de ser, efectivamente, un revulsivo para los profesionales de la increencia esta confesión de fe católica del -por alguien erróneamente calificado- “el ateo de más talento que el mundo ha conocido”.

Uno de los que han negado esta conversión es Carlyle (1795-1881), reconocida máxima autoridad masónica. Consignamos este dato de afiliación ideológica, únicamente por lo que haya podido influir esta militancia en su juicio sobre el asunto en cuestión, como luego tendremos ocasión de verificar. La descripción que hace Carlyle en sus “*Essays*” del momento final de Voltaire, la apoya en otro suceso de su vida, que dice haber hallado en los escritos de Wagnière, secretario que fue de Voltaire. Es decir, intenta interpretar el suceso de la muerte (1778) en base a otro acontecimiento que tuvo lugar mucho antes (1768) en la vida de Voltaire.

No son pocas ni irrelevantes las objeciones que podrían hacerse a la versión que ofrece Carlyle de la muerte de Voltaire. Una, entre otras, que su base de información para describir/interpretar lo acontecido en el momento de la muerte de Voltaire, es una referencia ajena y, además, sobre un hecho anecdótico, acontecido mucho anteriormente; la versión, en cambio, de su conversión en el lecho de la muerte, que en estas líneas se defiende, se apoya en un documento auténtico, escrito personalmente por el mismo protagonista del suceso, que se narra en el documento. El soporte, por otra parte, de la relación de los sucesos que Carlyle quiere interrelacionar, para interpretar la escena de la muerte de Voltaire, no sobrepasa la mera suposición. Y conjeturar la realidad por la posibilidad, no es un método adecuado para averiguar la

verdad. Hay un principio lógico universal que se formula: “*ab posse ad esse non valet illatio: de la posibilidad no puede concluirse la realidad*”.

Para negar, en efecto, la conversión de Voltaire, se basa Carlyle en la decisión del Obispo de Annecy, que en 1768, según información de Jean-Louis Vagnière, había “*prohibido a cualquier cura, sacerdote y monje de su Diócesis, confesar, absolver o dar la comunión al señor de Ferney, sin su expresa autorización, bajo pena de excomunión*”, decisión que, al parecer, Voltaire se juró que no se cumpliría, como parece que así fue, simulando una grave enfermedad en la que le fueron administrados los sacramentos prohibidos. Carlyle, en base a esta referencia, que, por otra parte, no deja de ser anecdótica, sin ningún otro apoyo documental interpreta el último comportamiento de Voltaire como la escenificación de una consciente farsa -la última escenificación- en relación con la religión, similar a la aquí mencionada.

En el fondo, el fundamento de quienes se aferran a esta postura, es un razonamiento lógico, no una constatación real. Es decir, para éstos es incomprendible que un hombre, que había criticado tanto, y durante tanto tiempo, a la religión cristiana/católica, se hubiera retractado al final de su vida, reconciliándose con la Iglesia. Pero, apoyarse en semejante razonamiento, no refuerza en absoluto la argumentación a su favor. En primer lugar, porque eso no es un documento, sino una suposición, que a lo más que puede llegar es a formular la posibilidad. Por otra parte, las conversiones/retractaciones suelen darse principalmente al final de la vida, cuando realmente se acumulan materias, actuaciones y motivos que, en una mirada retrospectiva, recaban la atención y el examen final, para su revisión y posible confirmación o rectificación.

Además, Carlyle no acepta o pasa por alto que en la contestación documental que le da el prior al obispo de Troyes, para justificar el otorgarle la sepultura cristiana, está la afirmación de que no se puede negar la sepultura eclesiástica a quien muere profesando la fe en la Iglesia, como es el caso concreto de Voltaire. “*Pienso -dice- que no se puede rehusar la sepultura a cualquier hombre que muera en el seno de la Iglesia*”. Es decir, que el Abad, junto al reconocimiento de haberle otorgado la sepultura en sagrado, en la justificación de esa decisión certifica, al mismo tiempo, la conversión de Voltaire. ¿No sería una premonición de este decisivo paso de su conversión, la confesión que, cuatro meses antes de su muerte, hizo en carta a su secretario Vagnière: “*muero adorando a Dios, amando a mis amigos, no odiando a mis enemigos y detestando la superstición?*”.

Su correligionario en la masonería, *Condorcet* (Marie-Jean-Antoine Nicolas de Caritat, marqués de Condorcet, 1743-1794), en cambio, más cercano y próximo que Carlyle en el tiempo y en el espacio a Voltaire, pues era su contemporáneo, sí admite la veracidad/autenticidad de la conversión de

Voltaire. Según nos relata en su *“Vida de Voltaire”*, publicada en 1789, en la que, dicho sea de paso, muestra la misma aversión a la Iglesia que Voltaire, el final de su vida sucedió así: el Abbe Gautier, traído ante el lecho de muerte de Voltaire por el sobrino de éste el Abbe Mignot, para atenderle espiritualmente, *“confesó a Voltaire, recibiendo de éste la profesión fe, en la que declaraba que moría en la religión católica, en la que había nacido”*. Esta versión de Condorcet fue generalmente aceptada en su tiempo como la verdadera historia de lo acontecido.

Como decimos, Carlyle interpreta el último testamento de Voltaire como una escenificación burlesca de la religión, similar al espectáculo que montó para poder recibir los sacramentos, que tenía prohibidos por el obispo de Troyes. Este juicio, aparte de ser un supuesto sin aval documental alguno en que apoyarse, denota reconocer poca inteligencia en Voltaire. Voltaire, en efecto, era demasiado inteligente, como para convertir en objeto de escarnio a la religión el último y más trascendental momento de su vida.

Fue su tiempo una época tan convulsa, original y de tan vertiginoso cambio, que lo que sucedió en la vida de Voltaire aconteció en la de no pocos de los protagonistas de la Revolución francesa, que le siguieron en el tiempo y en comunión de pensamiento. La conversión de Voltaire, en efecto, recuerda no poco el final del famoso revolucionario Fouché, tal como ese final nos es relatado por Stefan Zweig. Así fueron, según este magnífico biógrafo, sus últimos momentos: *“En sus últimas horas hace las paces con su Dios y con los hombres. Paz con Dios: el viejo ateo, el rebelde, el perseguidor del cristianismo, el destructor de altares, el iconoclasta, hace llamar en los últimos días de diciembre a uno de esos “embusteros infames” (como él los llamaba en el mayo florido de su jacobinismo), a un sacerdote, y recibe, las manos devotamente cruzadas, los Santos Sacramentos”*. ¿Qué otra cosa hizo Voltaire en los últimos momentos de su vida con “su” Dios?

Dada la falta de base documental, el manifiesto interés de Carlyle, y otros autores, por denegar la veracidad de su conversión, ¿no estará motivado por una predilección personal, es decir, por no querer reconocer que Voltaire volvió al seno de la Iglesia, después de haberse iniciado al final de sus días -exactamente, dos meses antes de morir-, con manifiesto regocijo y publicidad de la asociación, en la masonería? ¿Quién no recuerda aquellas retóricas frases del panegírico de Lalande en el acto -no se sabe a ciencia cierta si académico o de iniciación- que le ofreció la logia de “Las Nueve Hermanas”, en las que, entre otras exageraciones, decían: *“la época más gloriosa para esta logia estará en adelante señalada por el día de vuestra adopción. Hacia falta un Apolo en la logia de Las Nueve Hermanas?”*.

Contar con Voltaire como miembro de la institución masónica, ha sido tenido siempre por los afiliados como un motivo de orgullo y honra. Es más. Dice José A. Ferrer Benimeli que “*una de las circunstancias que más se suelen citar al hablar de Voltaire es la de pertenecer a la Francmasonería, intentando establecer una especie de semejanza o correspondencia entre masonismo y volterianismo*”. Esto explica que la iniciación masónica, en el declinar de su vida -en el supuesto de que el acto celebrado en la logia *Les Neuf Soeurs* hubiera sido una verdadera iniciación y no un mero homenaje de admiración pública y oficial de la institución a su ingente obra literaria-, está considerada por la masonería como uno de los grandes acontecimientos de los que se siente orgullosa la asociación.

La afiliación personal de Voltaire a la masonería es, indudablemente, más incierta que su conversión final a la fe cristiana. De hecho, no existe ninguna prueba documental de esa adscripción del rango del documento de su conversión al catolicismo. Entre los prestigiosos investigadores que ponen en duda esa afiliación están Denys Roman, Pierre Chevalier, A. Germain, Daniel Ligou, etc. No deja de ser extraño que su secretario Wagnière, que era masón, negase en sus memorias esa afiliación del maestro.

La polémica sobre estos últimos momentos en la vida de Voltaire, tal vez nunca llegue a acabarse. La explicación de esta permanencia en el tiempo, posiblemente habrá que buscarla en el hecho de estar sostenida y alimentada por protagonistas situados en posiciones ideológicas opuestas -creencia vs. increencia-, opciones interesadas en defender una u otra posición.

La mayoría de sus biógrafos no dejan de señalar que los testimonios de los testigos de la muerte de Voltaire suelen diferir abiertamente sobre sus últimos momentos, dependiendo de su adscripción religiosa. Nos refieren estos historiadores que, según el testimonio de unos testigos, los últimos momentos de Voltaire fueron agónicos; según el testimonio de otros, su muerte fue la mar de tranquila/pacífica. En lo único que sí coinciden todos es en que se prohibió a la prensa dar la noticia de su muerte, y que, también, se tardó en hacerla pública al pueblo.

Muchos de estos historiadores describen la muerte y sepultura tal como han sido aquí relatadas en el documento aducido por C. Valverde. Algunos autores, sin embargo, se preguntan si todo lo escenificado por Voltaire en esos momentos finales no tendría otro objetivo que el lograr ser enterrado en sagrado, como, al parecer, siempre deseó. Conviniendo en que “*de internis nemo iudicat: nadie puede juzgar la intención no exteriorizada*”, lo único cierto que sabemos es lo que está testificado. Y lo testificado es que Voltaire escribió una pública confesión de fe; que, en vista de esa confesión, recibió la absolución

sacramental; y que, como consecuencia de ambas acciones, fue enterrado en sagrado. Ante la fuerza argumental de este documento, quienes no están dispuestos a aceptar resignadamente su sincera conversión arguyen que, en el supuesto de haber tenido su vida ese desenlace final, no deja de ser “*un instante final de flaqueza*”. De flaqueza, según ellos; de coraje y valentía, según otros.

Es probable que la controversia en torno a este asunto nunca llegue a su fin, por la sencilla razón de que no es previsible que las partes discrepantes lleguen a ponerse de acuerdo en la interpretación de los datos sobre el acontecimiento de la discordia. Pero, tal como hoy está la cuestión, los argumentos más sólidos parecen estar de parte de los defensores de la conversión. Los documentos sobre los que éstos se apoyan, garantizan mucha más cercanía, autenticidad y objetividad respecto del acontecimiento, que la que ofrecen las fuentes sobre las que se basan los que sostienen la hipótesis contraria, esto es, la no conversión.

